SINESIO DELGADO

BARBARROJA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

MÚSICA DE

JOSÉ SERRANO

Represent da por primera vez en el **Teatro de Apolo** el día 24 de Mayo de 1911



MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1911

BARBARROJA

BARBARROJA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

JOSÉ SERRANO

Representada por primera vez en el **Teatro de Apolo** el día 24 de Mayo de 1911.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1911

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabela	Srta. Palou.
Beatriz	» Moreu.
Celia	» Domínguez.
Haradín	Sr. Rufart.
Leonardo	» Gandía.
Benedicto	» Videgaín.
Florio	» Carrión.
Caballero 1.°	» Roldán.
Idem 2.°	» Povedano.
Idem 3.°	» Molinero.
Idem 4.°	» Medina.
Idem 5.°	» Moncayo (M.)

Damas y caballeros florentinos.—Campesinos y pescadores.—Corsarios turcos.

La acción en Italia. Siglo XVI.

Derecha é izquierda las del actor frente al público.

11-14-3



ACTO ÚNICO

Terraza de una quinta de recreo. Al fondo escalinata de cinco ó seis peldaños que conduce á otra terraza, también practicable. Rodea esta segunda una balaustrada de mármol que se abre en los costados para dar paso á las entradas de una escalera monumental, que se supone conduce á los jardines. A la izquierda, una de las fachadas del palacete. A la derecha, pabellón con puerta recia, cerrada con cerrojo, que se supone da sobre la bodega ó cueva. En la lejanía el mar.

ESCENA PRIMERA

CELIA.—BEATRIZ.—FLORIO.—DAMAS Y CABALLEROS distribuídos convenientemente en ambas terrazas —BENEDICTO, solo, apoyado en la balaustrada del fondo, de espaldas al público.

Hablado, con música en la orquesta.

Cab. 1.° Ponedme á prueba.
Beat. Líbreme Dios.
Cab. 1.° ¿Por despreciarme?
Beat. Porque no quiero
reñir con vos.
Cab. 2.° ¿Dudáis acaso?
Beat. Puede que sí.
Por el capricho de enamorarme
no estáis aquí.
Cab. 3.° Vos sois la estrella
que me extasía.

CEL. Yo sé que es otra
la luz que os guía,
y ante los rayos
que vienen de ella
no resplandece
ninguna estrella.

CAB. 3.º Yo os aseguro...

BEN. (Volviéndose de pronto.) Que es muy pesada
la discusión.

CAB. 2.º ¿Qué dices?

BEN. Digo
que estas señoras
tienen razón.

CEL. Benedicto es persona prudente.

CAB. 4.º Benedicto es un loco de atar.

BEN. Benedicto dirá lo que siente
porque nunca ha sabido engañar.
Y es cosa de que acabe
la dulce cantinela,
cuando es verdad que estamos
cansados de saber
que todos se disputan
la mano de Isabela,
que á todos los desaira
como es de suponer.

CAB. 5.º ¡Ya ha descubierto
su necedad!

BEAT. Necios y locos
dicen verdad.

BEN. Porque, hasta ahora, de su belleza
nadie triunfó.
¡Si alguno rinde la fortaleza
debo ser yo!
(Cesa la música.)

Hablado.

BEN. Y estoy dispuesto á sostener lo dicho con la espada y con la pluma. Escoged lo que os plazca: las estocadas ó los versos.

FLOR. Cosas mortíferas las dos en tus manos.

BEAT. ¡No os riais, caballeros! El buen Benedicto ha sido siempre arrojado y galán.

BEN. Agradezco de corazón esas palabras, hermosa Beatriz. Y á no impedírmelo el empeño de amor propio en que estoy metido...

BEAT. Suprimid lo demás. No me agrada recoger las flores que sobran. (Sube á la segunda terraza.)

FLOR. Sobre que lo del empeño es inútil, Isabela podrá admitirte de criado, de confidente, de bufón.. de cualquier cosa, menos de amante.

BEN. ¡Florio! ¡Nuestra amistad no autoriza esas burlas!

FLOR. ¡Ni las tuyas, Benedicto!

BEAT. Calma, caballeros. A la postre todos vendréis á ser iguales. Aquí llega quien hará el milagro.

BEN. ¿Quién?

BEAT. El único que ha logrado interesar el corazón de la arrogante dueña de esta finca.

FLOR. ¿Leonardo?

BEN. ¿El duque Leonardo? ¡Bah!

BEAT. ¡Hola! ¿Lo habéis adivinado todos? ¡Eso prueba que tenéis por cierta la derrota! (Aparece Leonardo en la segunda terraza, subiendo por la derecha.)

ESCENA II

DICHOS.—LEONARDO.

LEON. ¿Se hablaba de mí? (Saludando.) Mandadme, señoras; salud, señores.

BEAT. Sí; os echábamos de menos. Empezaba á inquietarnos vuestra tardanza.

LEON. Me honráis demasiado.

BEN. Pero no por lo que os figuráis, sino porque sospechábamos que habríais ya recibido la repulsa que os espera y que nos dejábais el campo libre.

LEON. Mal me conocéis entonces.

BEAT. (A las otras damas.) Empieza el torneo.

LEON. Ni esa repulsa es tan segura como creéis, ni yo soy hombre que retrocede ante el primer obstáculo. Al contrario; desprecio las victorias fáciles.

FLOR. ¡Hola! ¿Y obtenéis siempre las difíciles?

BEAT. Casi siempre. Al menos así se cuenta en todas partes.

BEN. La fantasía popular exagera un poco. A mí me atribuye aventuras amorosas que no soñé siquiera.

FLOR. Y eso que en lo de soñar no ha tenido freno.

BEN. ¡Florio! ¿Otra vez?

LEON. Dejaos de chanzas, señores. Lo cierto es que aquí no se trata de asombrarnos los unos á los otros con historias viejas, sino de humillar la altivez de una dama que ha hecho gala de inexpugnable. Y no os alarméis, señoras, si en vuestra presencia esto parece grave falta de galantería. Con ser Isabela quien es, un dechado de gentileza y de hermosura, no es, sin embargo, más adorable que cualquiera de vosotras. Pero es una mujer que ha jurado no pertenecer jamás á hombre alguno, y ese juramento es el que nos sirve de acicate, sin que el amor tenga que ver en la empresa. ¿No es verdad, señores?

BEN. Verdad.

FLOR. Así es.

LEON. Por eso, por orgullo, han venido este año á habitar sus palacios y quintas de la costa los caballeros de Florencia y de Pisa, no atraídos por el astro que deslumbra, sino empeñados en perseguir al enemigo que se niega á rendirse.

BEN. Y que no tardará en capitular, á fe de Benedicto.

LEON. Lo mismo digo, á fe de Leonardo. (Sale Isabela del palacio precipitadamente.)

ESCENA III

DICHOS.—ISABELA.

ISAB. ¡Eh! ¿qué es eso? ¿Qué hacéis aquí? No es esta ocasión de galanteos ni fiestas.

LEON. ¿Qué os pasa, señora?

ISAB. ¿No oís allá lejos el estruendo y el griterío? Sin duda la arboleda apaga los rumores y oculta los resplandores del incendio.

BEAT. ¿Un incendio decís?

ISAB. Sí, sí; ¡arde todo! Subid, subid, señoras. Desde la torre el espectáculo es horrible, y tan hermoso que hace olvidar el peligro.

BEN. ¡Cómo! ¿peligro aquí?

ISAB. Aquí y en todas partes. Pronto, caballeros, los que ceñís espada, ¡corred en auxilio de esos pobres que van á ser esclavos!

FLOR. Explicaos, señora.

ISAB. Pero, ¿tan torpes sois, que no habéis adivinado todavía? Trasponed el bosque y veréis las naves de los corsarios. Son muchas, ¡muchas!... Tantas, que para apresarlas necesitarían unirse las flotas de Venecia y de Nápoles.

LEON. ¡Los corsarios! ¿Y se han atrevido á llegar hasta aquí?

ISAB. Esos perros infieles se atreven á todo. Caen sobre las descuidadas costas como águilas voraces; queman, acuchillan, saquean... y huyen como el viento. ¡Vamos, corred, señores! Del monte bajan atraídos por las llamas pastores y labriegos.. ¡Id con ellos á rechazar á los piratas! Tal vez podáis arrebatarles todavia parte de su presa.

BEN. Sí, sí; vamos pronto.

ISAB. Señoras, á la torre. (Vanse las damas por la izquierda y los caballeros, menos Leonardo, por la escalera de la derecha.) Y vos, ¿qué hacéis, Leonardo?

LEON. Yo no voy Me quedo.

ISAB. ¡Cómo! ¿Tendréis miedo acaso?

LEON. ¿Miedo? ¡Señora! Más valor que para ir necesito para quedarme.

ISAB. Entonces...

LEON. Pero allá abajo un hombre más ó menos importa poco, y en cambio aquí podéis necesitar quien os defienda.

ESCENA IV

ISABELA.—LEONARDO.

Música.

ISAB. Yo os lo agradezco, señor Leonardo.
Del infiel espero
que me guarde Dios.
Pero si yo misma de vos no me guardo,
¿quién me guarda de vos?
LEON. ¡Os guarda mi amor!
ISAB. ¡Su amor!
LEON. Mi amor, que es tan grande y puro,
que está en él mi vida entera,
pues moriré, de seguro,
cuando en el alma muera.
Amor que es jardín de flores,
amor que es panal de mieles
y que templa sus rigores
en el perfume
de los claveles.
ISAB. Amor que no es verdadero
y de vencer sólo trata,
no es el amor que yo espero.
El que yo quiero muere... ¡ó mata!
LEON. ¿Y qué sabéis si mis amores
esconden fuego entre las flores?
ISAB. Pues id, donde en la pelea
podrá probar ese fuego
la espada que centellea.
LEON. Si á vos os rinde primero
pasión que así me avasalla,
veréis cómo vibra mi acero
en esa batalla.
ISAB. No creo en vuestra decisión,
porque ese impulso no es verdad.
LEON. ¡Isabela! ¡Yo os lo juro!
Llegue á mí vuestra piedad.
ISAB. ¿Piedad?
LEON. ¿Nada os importa
de mi tormento?

ISAB. Porque no os sigue
mi pensamiento.
¡Que allá, en la mísera aldea,
las hordas queman y matan!

LEON. También aquí se pelea.
Y de morir luchando allá
aquí prefiero...

ISAB. ¡Basta ya!
¡Salid!
¡Marchad!

(Leonardo sube lentamente á la segunda terraza.)

LEON. Mi amor es tan grande y puro
que está en él mi vida entera,
y moriré, de seguro,
cuando en el alma muera

ISAB. Amor que no es verdadero
y de vencer sólo trata,
no es el amor que yo espero.
¡El que yo quiero muere... ó mata!

Hablado.

LEON. Perdonad. En el agrado con que, al parecer, habéis recibido hasta ahora mis atenciones creía yo adivinar...

ISAB. ¿Qué?

LEON. Vuestra simpatía, al menos. Pero confieso mi error, y veo que me despreciáis, señora.

ISAB. No es desprecio; es piedad.

LEON. ¡Piedad! ¿De qué?

ISAB. De vuestra locura.

LEON. ¡Ah! ¿Es locura amaros?

ISAB. Amarme, no. Amar á quien lo merece es prueba de juicio, y yo soy tan vanidosa, que creo merecerlo.

LEON. No os entiendo, señora.

ISAB. La locura es pretender rendirme sin amor, por apuesta, por terquedad, por orgullo de galanteador siempre victorioso. No soy tan necia como sin duda os figuráis, señor Leonardo.

LEON. ¡Cómo! ¿Quién os dijo?...

ISAB. Nadie. Me basta conoceros. Y sabed una cosa: Sabed que yo quiero que me amen ó me aborrezcan de verdad. ¡Ni el odio fingido ni el amor falso! ¿Entendéis? Y si habéis preferido pasar á mis ojos como galán apasionado á quedar ante los demás como un cobarde, os habéis equivocado del todo Más hubierais ganado en mi estimación exponiendo vuestra vida en lucha contra los bárbaros que arrasan la costa, que repitiéndome la lección aprendida en otras damas. Aquí no podéis ofrecerme más que flores de trapo, y allá abajo hay llamas y sangre. ¡Aquel es el puesto de los hombres!

LEON. Os digo, señora, que no por temor, sino por defenderos, lo hice.

ISAB. Y yo os digo que me basto para mi defensa.

ESCENA V

DICHOS.—BEATRIZ.—CELIA.—DAMAS.
Luego BENEDICTO.

BEAT. ¡Huyen!... Isabela, Leonardo, ¡huyen!

ISAB. ¿Quiénes? ¿Los nuestros?

BEAT. No; los corsarios. Todos los bajeles han desplegado las velas y se alejan de la playa.

CEL. Todos, menos uno.

BEAT. Es verdad; uno queda bordeando la costa. Mirad, por este claro del bosque podéis verlo.

LEON. Sin duda no han podido embarcar todos los que en él vinieron.

BEAT. Así debe de ser; porque un tropel de gente viene hacia aquí gritando.

LEON. Les habrán cortado la retirada.

ISAB. ¡Ojalá! Pero no veo ni oigo á nadie.

BEAT. Sí; ved. Un caballero empieza á subir la escalinata.

CEL. Es Benedicto

LEON. ¡Benedicto, que vuelve triunfador! Ahí está vuestro hombre, señora.

ISAB. ¡Quién sabe!

BEAT. (Desde la balaustrada, hablando hacia afuera y abajo.) ¡Subid! Subid de prisa, que estamos muertas de curiosidad.

CEL. ¿Qué pasa?

ISAB. ¿Qué ha pasado? (Sale Benedicto, jadeante, por la escalera derecha.)

BEN. ¡Ah! ¡gracias á Dios!

ISAB. Hablad.

BEN. La jornada ha sido dura, pero esos miserables tendrán su merecido.

LEON. ¡Hola!, ¿traéis la espada teñida en sangre?

BEN. Yo no; pero no porque no hubiera sido capaz de ensartar media docena de piratas, sino porque cuando llegamos nosotros la mayor parte de ellos estaba ya de retorno en sus naves.

LEON. ¡Qué lástima! Habéis perdido una ocasión de lucimiento.

BEN. Yo la he perdido, pero vos no la habéis buscado siquiera.

ISAB. ¡Por favor, caballeros! Benedicto, contadnos pronto lo que nos importa. ¿Huyen rechazados, ó huyen con el producto de sus rapiñas?

BEN. Desgraciadamente, señora, han hecho lo de siempre. Barrer los caseríos y la campiña como un huracán y escapar con la presa. Nuestro auxilio y el de los montañeses ha llegado tarde... ¡Ah! si yo hubiera estado allí... ¡Ris, ras!...

BEAT. ¡Qué horror, Dios mío!

BEN. Pero los infelices que van ahora agarrotados en sus barcos serán vengados esta vez. Han cogido, mejor dicho, hemos cogido unos cuantos de esos bandidos que, más audaces y más ambiciosos que los otros, se entretuvieron demasiado en el saqueo y la matanza, y ellos pagarán las culpas de todos.

BEAT. ¿Veis? Por eso el barco los espera.

BEN. ¡Ah! ¿los espera? Pues se irá sin ellos. No un bajel, toda su flota no sería capaz de arrancarlos ya de nuestras garras. ¡Dejaría yo de ser Benedicto!

ISAB. ¿Son muchos?

BEN. Vos misma los contaréis.

ISAB. ¡Cómo! ¿Los traen aquí?

BEN. Sí; aquí serán juzgados y de vuestros labios, señora, saldrá su sentencia, puesto que como botín de guerra os los ofrecemos. ¿Oís el rumor de la gente? Ya han entrado en vuestros jardines.

BEAT. Sí; es verdad. Aquí llegan.

LEON. (Aparte á él.) Os doy el parabién por vuestra bravura

BEN. (Idem.) ¡Ah! ¿no la conocíais?

LEON. Confieso que nunca había tenido una prueba.

BEN. Pues tendréis otra particularmente cuando se os antoje.

LEON. ¿Qué queréis decir?

BEN. Lo que he dicho Y en cuanto á Isabela, ya comprenderéis que, por lo menos hoy, habéis jugado con desventaja.

CEL. ¡Qué lástima! Son pocos.

BEN. Pero uno de ellos debe de ser de calidad, á juzgar por la gallardía de la persona y la riqueza del vestido.

ISAB. Venid, señoras; esperémosles á este lado. (Descienden de la segunda escalinata los que estaban en ella y todos se agrupan en primer término izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS.—HARADÍN.—PIRATAS.—FLORIO.—CABALLEROS, CAMPESINOS Y PESCADORES.

Música.

(El rumor que empezó á oirse al final de la escena anterior va creciendo y acercándose hasta que suben por la escalera derecha de la segunda terraza, empujados por caballeros y campesinos, Haradín y un grupo de piratas, y tras ellos más campesinos, mujeres y pescadores airados y furiosos. Todo el grupo se detiene sin descender los peldaños. La figura de Haradín se destaca en el centro, delante de todos los demás.)

HAR. Perros cristianos, dadme la muerte
ya que la suerte
vencido y preso
me trajo aquí;

que ante vosotros, raza maldita,
hierve y se agita
la sangre mora
que llevo en mí,
y es tan horrible mi sacrificio,
que no hay suplicio
como el tormento
de verme así.

CORO. Aún el bandido
ruge atrevido
y alza la voz,
y todavía
nos desafía
rudo y feroz.
¡Muera, matadle, muera!

ISAB. Esperad.
Matarle así sería
tratarle con piedad.

CAR. Es verdad.

DAM. Es verdad.

CORO. Es verdad.

ISAB. (A piratas.) Avanzad
y acercaos al juez. (Haradín y los piratas descienden de la segunda terraza y se colocan en primer término derecha.)

PIRAT. No pedimos piedad.

HAR. Acabad de una vez.

ISAB. Sabed, piratas, que con vosotros
seré cruel,
que harán los garfios en duros potros
saltar la piel;
á vuestras frentes, que erguidas van,
candentes hierros se ceñirán,
y los látigos de acero
vuestras carnes abrirán.

HAR. ¿Y es esa tu venganza?
¿y es eso lo que harás?
¡Mereces mi desprecio!
¡Yo haría mucho más!
En pez hirviendo te bañaría
sin compasión,
y con mis manos arrancaría
tu corazón.

El cuerpo hermoso que incita á amar
arrojaría sin vacilar
á mis perros, que sabrían
su belleza destrozar.

CORO. ¡Aún el bandido
ruge atrevido
y alza la voz,
y todavía
nos desafía
rudo y feroz!
¡Muera, matadle, muera!

ISAB. Teneos, esperad.

LEON. Acabad de una vez,
no merecen piedad.

HAR. Perros cristianos, dadme la muerte
ya que la suerte
vencido y preso
me trajo aquí.

TODOS. ¡Sabed, piratas, que en el tormento
vais á morir!

Hablado.

BEAT. Ya lo veis, señora; fieras son y como fieras hay que tratarlos.

ISAB. Descuidad.

BEN. No vayáis á malograr ahora, en un alarde de compasión, el esfuerzo de los vencedores.

ISAB. Tranquilizaos, Benedicto. (A los campesinos y pescadores que continúan en la segunda terraza.) Y vosotros, amigos míos. salid y esperad nuestra sentencia vigilando la escalinata y todas las puertas del palacio. Los presos no intentarán la fuga; pero si lo hicieren, de vuestra cuenta corre impedirla. (Vase el coro por las dos escaleras. Isabela se dirige á Haradin.) Y ahora. . tú que pareces el jefe, contesta.

HAR. Si quiero.

LEON. Aunque no quieras. Para obligarte estamos aquí nosotros.

HAR. ¿Cómo me obligarás? ¡Prueba, si quieres!

LEON. (Pretendiendo arrojarse sobre él.) ¡Insolente!

ISAB. (Deteniéndole.) ¡Dejadle! (A Haradín.) Es una mujer la que te lo dice.

HAR. ¡Peregrina razón! Desprecio á las mujeres mucho más que á los hombres.

ISAB. Mi esclavo eres, y como dueño te lo mando.

HAR. Tu prisionero, sí; pero ¿tu esclavo? ¡Ni ahora ni nunca! No han nacido para la esclavitud los hombres de mi temple.

LEON. ¡Basta! esto no se puede sufrir.

FLOR. Entregadlos á nuestras espadas.

ISAB. (A los caballeros.) Esperad todavía. (A Haradín.) ¿Quién eres, pues?

HAR. ¿Qué te importa saberlo? Un enemigo de tu religión y de tu raza. Con eso te basta para castigarme.

ISAB ¿De donde venís?

HAR Ya lo has visto. Del mar, cuyas espaldas hacemos azotar de día y de noche por miles de cristianos como vosotros.

ISAB. ¿Obedecéis al Sultán de Stambul, acaso?

HAR No obedecemos á nadie. Para nosotros no hay más ley que nuestra voluntad. Solimán el Grande me tratará de igual á igual, si alguna vez me trata, y entretanto... me persigue, como España y como Venecia, por codicia de mis tesoros.

ISAB. ¡Ah! ¿Eres poderoso en tu tierra? ¿Qué tierra es la tuya?

LEON. No hace falta que él conteste, señora. Estos bandidos vienen de Túnez y de Argel, donde almacenan y venden sus rapiñas.

BEN. Y se cuenta que son tantas, que bastarían para cegar el cauce del Tíber.

FLOR. Y que sólo en la alcazaba tunecina se pudren cargados de cadenas seis mil esclavos.

HAR. Doblad el número, si os parece.

BEAT. ¡Doce mil!

HAR. Sin contar los que van ahora en las galeras, y sin contaros á vosotros, que pronto iréis á hacerles compañía.

BEN. ¡Qué! ¿Nosotros?

LEON ¡La arrogancia le ciega!

HAR. ¡Sí! Vosotros. ¿Qué créeis? Ahorcadnos, degolladnos, haced lo que os plazca, pero no durmáis tranquilos Cuantos se han ido volverán, cuando al desembarcar el cargamento en la goleta nos echen de menos... y entonces aprenderéis á vuestra costa cómo se vengan los corsarios.

FLOR. ¡Y aún nos amenaza!

ISAB. ¿Y si yo os perdonase y os permitiera marchar libres al barco que os espera?

HAR. Entonces .. ¡Entonces sería yo mismo el que dirigiera las naves de retorno, y ni uno solo de vosotros se me escaparía!

ISAB. ¿Ni el perdón te amansa, bandido?

HAR. Tu perdón me ofende, cristiana. Prefiero que el hacha siegue mi cuello ó que las alimañas me devoren en el subterráneo. Pero no puedes perdonarme aunque quieras.

LEON. No, ¡no podrá! De eso yo me encargo.

BEN. Nos encargaremos nosotros.

HAR. ¿Sabéis lo que hemos hecho? Ved las aldeas destruídas, vuestras quintas de recreo arrasadas, la campiña regada con sangre... Y allá lejos, bajo aquellas velas que se pierden en el horizonte, van centenares de hombres, mujeres y niños á morir á latigazos en las costas de Africa, sirviendo de bestias de carga á los hijos del Profeta... ¡Son vuestros hermanos!... ¡Perdonadme ahora

ISAB. Ni lo pensé siquiera, bárbaro. Fué para obligarte á obedecerme.

HAR. ¡Yo! ¡A ti!

ISAB. A mí, sí. No querías contestarme y has contestado... Sé ya de ti cuanto necesitaba.

HAR. Todo no. Aún no sabes mi nombre.

ISAB. También lo sé.

HAR. Dilo.

ISAB. (Acercándose mucho á él y en voz baja.) ¿Para qué? Vas á morir como un esclavo y quiero ahorrarte esa vergüenza.

HAR. ¡Cristiana, acaba pronto!

ISAB. (Alto á los demás.) Caballeros, señoras... venid. Vamos á juzgar á los prisioneros.

HAR. ¿Para qué? Yo os crucificaría como á vuestro Dios y os arrojaría á la hoguera.

ISAB. Los nobles de Pisa y de Florencia no son asesinos. (A los demás.) Ya habéis oído á ese hombre. Testigos de sus crimenes sobran; falta no más quien los acuse y quien los defienda ante las damas que van á ser los jueces.

FLOR. ¡Los acusamos todos!

ISAB. Y defenderlos, ¿quién?

LEON. ¡Nadie! ¿Quién ha de atreverse?

ISAB. Yo los defenderé entonces, para que la sentencia sea válida. Entrad, señores. (Empiezan á entrar en el palacio. Al hacerlo Leonardo, se detiene un momento y habla bajo con Isabela.)

LEON. Isabela, ¿qué hacéis? Ved que la farsa puede ser peligrosa.

ISAB. ¿Por qué lo decís, señor Leonardo?

LEON. Porque habéis mirado á ese hombre como jamás habéis mirado á ninguno.

ISAB. ¡Ah! es posible. Tal vez porque me haya parecido más grande que los otros.

LEON. ¡Con una grandeza salvaje!

ISAB. Pero grandeza. (Mutis hacia el palacio. Leonardo la sigue. Ella le detiene.) No; quedaos de centinela vigilando á esos piratas mientras se decide su suerte.

LEON. ¿Yo?

ISAB. Nada temáis. El pueblo, ansioso de venganza, rodea la quinta. No estáis solo.

LEON. ¡Y aunque lo estuviera! Id tranquila, que, vivos ó muertos, aquí los encontraréis á todos á la vuelta.

ISAB. Así lo creo. (Vase Isabela. Leonardo sube á la segunda terraza. Los turcos forman un grupo en primer término derecha.)

ESCENA VII

LEONARDO.—HARADIN.—PIRATAS.

Música

PIRATAS. Divino Alá,
que me abandonas,
por tu rigor
mi valor
está á merced del vencedor.
Llévame ya
si escrito está.
UNOS. Tuyo soy.
OTROS. Ven á mí.
OTROS. Ten piedad.
OTROS. Creo en tí.
TODOS. Alá, mi Alá,
por tu rigor
mi valor
está á merced del vencedor.
LEON. Vencida está la ingrata,
vencida está la que era fuerte
burlándose del amor.
Ya del feroz pirata
rudo y brutal
admira el valor,
hallando, sin buscarlos,
goces en el dolor.
PIRATAS. Divino Alá,
que me abandonas,
por tu rigor
mi valor
está á merced del vencedor.
HAR. Basta de tristes
lamentaciones.
Haga el Profeta
su voluntad,
que los que luchan
como leones
ni al cielo deben
pedir piedad.

¡Reid, cantad,
sabed morir
y no supliquéis á Alá!
¡Dejad que salte el corazón,
que alegre al suplicio va!
Yo desprecio la muerte;
despreciadla también.
¡Reid, cantad;
sabed morid!
¡Los ojos de Alá nos ven!
¡Vuela, galera pirata,
reina del mar y del viento,
sobre las olas de plata
en fantástico vaivén!
Yo desprecio la muerte,
despreciadla también.
¡Reid, cantad!
¡los ojos de Alá nos ven!

LEON. Vencida está la ingrata,
vencida está la que era fuerte
burlándose del amor, etc.

ESCENA VIII

DICHOS.—FLORIO.—BENEDICTO —CABALLEROS.

Hablado.

BEN. Amigo Leonardo, se ha concluído vuestra fácil misión. Podéis dejar la guardia.

LEON. Breve ha sido la deliberación.

FLOR. Sí; todas las damas han estado de acuerdo.

LEON. Hablad ¿Cuál es la sentencia?

HAR. ¿Cuál ha de se? ¡Dejaos de juegos de niños! ¡La muerte!

FLOR. Es verdad. La muerte.

BEN. Yo hubiera preferido la esclavitud. Me hubiera gustado pasear por las calles de Florencia un trofeo de mi victoria.

HAR. Eso no hubiera podido ser. Soy yo demasiado trofeo para triunfo tan ruin.

LEON. ¿Y cuándo han de recibir el castigo?

FLOR. Ahora mismo, en la costa, para escarmiento de los compañeros que los aguardan en la nave.

HAR. Para escarmiento, no. Para animarlos á la venganza.

LEON. ¿Y en cuál suplicio morirán?

BEN. Isabela ha querido aprovechar la idea de este bárbaro, que de ese modo no podrá quejarse.

LEON. ¿Isabela misma?

FLOR. Sí, ella lo propuso. Están condenados á la hoguera.

HAR. Espectáculo nuevo para vuestras mujeres. Las nuestras están cansadas de presenciarlo, y en vuestro caso tendríamos que inventar algo más lento y más terrible. La dueña de esta quinta tiene corazón de paloma.

FLOR. Y mientras se dispone todo deben quedar encerrados ahí, en la cueva, para que, á solas, encomienden las almas á su Dios.

HAR. Nuestro Dios está siempre dispuesto á recibirnos.

FLOR. Mejor para vosotros. Abre, Benedicto.

BEN. ¿Yo?

HAR. Si tienes miedo de acercarte, abriré yo mismo.

BEN. ¿Miedo? (Haciendo de tripas corazón cruza por delante del grupo.) Aunque estuviérais libres y con armas. (Descorre el cerrojo y abre la puerta de la derecha.) Entrad, perros.

HAR. (Indicando á los piratas que entren.) Sucederá lo que está escrito. (Entran en la cueva los piratas. Sigue Haradín dirigiéndose á los caballeros.) No entraréis así vosotros en la alcazaba de Túnez.

LEON. ¡Eh! ¿Qué dices?

HAR. Que pronto nos habéis de imitar. Pero llorando como mujerzuelas. (Entra también en la cueva. Benedicto se apresura á cerrar las puertas y echar el cerrojo.)

ESCENA IX

LEONARDO.—BENEDICTO.—FLORIO.—CABALLEROS.

BEN. ¡Gracias á Dios! El bandido es arrogante y audaz como él solo.

LEON. Pero de poco va á servirle su audacia.

FLOR. Señores, el pueblo está abajo esperando el castigo de esos miserables.

BEN. Id, id en seguida á preparar la hoguera.

LEON ¡Ah! ¿Vos no venís?

BEN. Quedo guardando la prisión. Os relevo en la centinela, señor Leonardo

LEON. ¿Ahora que los tenéis en la cueva? ¡Admiro vuestro arrojo!

FLOR. ¡Verdaderamente es admirable!

BEN. ¡Eh! nada de burlas, señores. Es Isabela quien lo ha dispuesto.

LEON. ¡Ah! ¿Es orden suya? Pues ahora es cuando os digo que estéis alerta.

BEN. ¿Por qué?

LEON. Porque... vuestra responsabilidad sería mayor si esos salvajes hicieran saltar el cerrojo

BEN. Descuidad.

FLOR. Y acordaos de que confiamos en vuestra bravura.

BEN. ¡Ah! ¿Os burláis todavía?

LEON. ¡Dios nos libre! Comprendemos que estáis á punto de rendir la fortaleza y que debéis seguir siendo héroe á los ojos de la ingrata... ¿Vamos, señores?

Música.

LEON.

Ya que la salida
se empeña en guardar,
un sano consejo
debémosle dar.
Benedicto, bien os quiere
quien os dice la verdad.
Vigilante,
vigilad.

Flor. Cabs. Vigilante,
vigilad.

Leon. Sed prudente, sed firme y constante
y guardaos de tener piedad.
Vigilante,
vigilad.

Flor. Cabs. Vigilante,
vigilad.

Leon. Son los moros brava presa,
cada uno vale dos;
si se escapan
¡ay de vos!
¡Os maldicen vuestra dama y vuestro Dios!

Flor. Cabs. Benedicto, bien os quiere
quien os dice la verdad.
Vigilante,
vigilad.

Leon. Vigilante,
vigilad.
Si alguno fuerza la entrada
¡quieta la espada!
¡no vaya á pinchar al ladrón!,
que un centinela prudente
siendo valiente,
no debe matar á traición.

Todos. (Yéndose.) Benedicto, bien os quiere
quien os dice la verdad.
Vigilante,
vigilad.

(Vanse por la escalera derecha de la segunda terraza riendo á carcajadas.)

ESCENA X

BENEDICTO.—En seguida ISABELA.

Hablado.

Ben. ¡Id al diablo, envidiosos! He tenido que hacer un esfuerzo para contenerme y no ahogar en sangre sus chanzas... ¡Eh! ¿qué es eso? Creí que andaban en la puerta... Esos salvajes, si sospechan que la guarda un caballero solo, son capaces de hacerla astillas.

Por si acaso, estaré prevenido y juro no dejar con vida uno siquiera. (Desenvaina la espada.) ¡Animo, Benedicto! Una hazaña así necesitas para que el corazón de Isabela acabe de ser tuyo. ¡Ah! y lo será. Esos imbéciles me pagan sus burlas. (Sale Isabela.)

ISAB. Veo que cumplís á conciencia mis órdenes. ¡Hasta habéis desnudado la espada! ¿Pensábais acuchillar á los prisioneros á través de la puerta?

BEN. Perdonad, señora; es que la sangre me hierve y estaba pidiendo á Dios que esos malditos intentaran la fuga.

ISAB. ¿Para qué?

BEN. Para demostraros que no en vano habéis depositado en mí vuestra confianza. (Envaina la espada.)

ISAB. Y estoy satisfecha de vuestro celo. ¡Por algo os escogí entre todos!

BEN. ¡Ah! es que la esperanza del premio me anima, me fortalece, me...

ISAB. ¡Por Dios! no habléis de recompensa, porque eso quitará mérito á vuestras hazañas.

BEN. Tenéis razón. El solo placer de serviros me paga con creces.

ISAB. ¡Quién sabe si lo demás se os dará de añadidura!

BEN. ¿Cuándo?

ISAB. ¡Ah! ¿no os digo que quién sabe? Depende de que sigáis obedeciéndome ciegamente.

BEN. ¿Podéis dudarlo?

ISAB. No; no lo dudo. Y en prueba de ello vengo á relevaros del sacrificio que por mí estáis haciendo ahora.

BEN. ¿Yo? ¿sacrificio? ¿Cuál?

ISAB. Os conozco y sé que se lastima vuestro amor propio al reteneros aquí alejado del peligro.

BEN. ¡Cómo! ¿Peligro decís? ¿Cuál es, señora?

ISAB. El que pueden correr los que disponen la pira para quemar á esos salvajes, si los que quedan en el bergantin desembarcan resueltos á impedir el castigo.

BEN. ¡Imposible! Por fuerza han de ser pocos y no se atreverán á tanto.

ISAB. Sin embargo, id con los demás. Vuestro valor aquí es inútil y allá puede ser necesario.

BEN. Ved que me encargué voluntariamente de la guardia, y abandonarla puede parecer miedo.

ISAB. ¿En vos? ¿Quién será capaz de suponerlo siquiera?

BEN. Verdad es, ¡y ay del que lo suponga!

ISAB. Además, yo ocuparé vuestro puesto.

BEN. ¿Vos, señora? Y ¿qué podríais hacer si...?

ISAB. Tranquilizaos. La puerta es recia, los cerrojos fuertes, y... siempre tendré tiempo para llamar á mis criados.

BEN. Si me lo pedís como prueba de amor...

ISAB. Como prueba de amor os lo pido.

BEN. Entonces... sea.

ISAB. Corred y acelerar los preparativos. ¡Es preciso acabar pronto!

BEN. (Después de un medio mutis.) Pensadlo bien, señora.

ISAB. ¡Ah! ¿Vaciláis aún? Receláis que los demás os tachen de cobardía y no os importa que sea yo la que os acuse...

BEN. ¡Basta! Me voy. ¡Y ojalá se atrevan á desembarcar esos bandidos! (Vase, bajando rápidamente la escalera derecha. En cuanto desaparece, Isabela descorre el cerrojo.)

ESCENA XI

ISABELA.—HARADIN.

ISAB. Salid. (Haradín aparece en la puerta.) Tú solo. (Sale Haradín. Isabela vuelve á correr el cerrojo.)

HAR. ¿Qué quieres de mí?

ISAB. Hablarte. Pero te advierto, por si quieres huir, que traigo una daga dispuesta á impedirlo.

HAR. ¿Y qué me importa tu puñal, si me está esperando la muerte y podría ahogarte entre mis brazos? Pero no temas. Habla.

ISAB. Oye sin acercarte. Isabela es demasiado noble para matar sin lucha. Júrame que volverás con tus corsarios á pelear en palenque abierto y cara á cara. Yo te prometo que aquí te esperarán los cristianos, y así serás vencido, y así morirás como debes morir: como caballero leal en el campo de combate.

HAR. ¡Yo, un bandido, como caballero leal!... ¿Y por eso no más abres la puerta de mi prisión?

ISAB Sí; por eso.

HAR. Pues oye mi respuesta. He surcado el mar y he cruzado la tierra entre llamas y sangre... sin que el amor me haya detenido jamás en el camino.

ISAB. ¿Qué dices?

HAR. ¿A qué viene mentir, cristiana? ¡Lo leo en tus ojos! ¡Lo vi escrito en tu frente cuando me llamaste tu esclavo!

ISAB. ¿Qué viste?

HAR. Que quieres salvarme porque me amas. Pero yo no quiero que me salves porque te odio.

ISAB. ¡Amar yo! Ningún hombre jamás se atrevió á suponerlo siquiera.

HAR. Es que yo me atrevo á todo, y ya debes saberlo, puesto que aseguras que me conoces.

ISAB. Sí; es verdad

HAR. ¿Cuándo y dónde me viste?

ISAB. Jamás en ninguna parte. Te ha vendido aquí tu soberbia. Y á haberlo conocido los demás como yo, te hubieran despedazado sin juzgarte.

HAR. Ya os dije qne eso es lo que merecía, y lo que yo hubiera hecho en vuestro caso.

ISAB. ¿Quién, sino tú, se hubiera atrevido á hacer gala de su crueldad y de su poder? ¿Quién sino el amo, el jefe, hubiera osado amenazar con el castigo á los que le prendieron? ¡Entre todos esos hombres que viven como fieras, burlándose de emperadores y de reyes, no hay más que uno capaz de semejante audacia!

HAR. Yo te diré quién. Barbarroja.

ISAB. Tú.

HAR. Sí, yo. En tus manos está el azote de la cristiandad, el terror de los mares. Si me matas vivirán en paz los costeros de España, de Nápoles y de Sicilia; si me salvas... mis corsarios llegarán á ser un ejército que improvisará flotas, levantará fortalezas y segará soldados de la cruz como mies de los campos. Mi cabeza vale mucho, cristiana

ISAB. Por eso no quiero entregarla al verdugo. Condenado á muerte estás... ¡Júrame volver á buscarla en batalla campal á la luz del sol, como soldado y no como bandido!

HAR. ¿En cuanto te lo prometa ampararás mi fuga?

ISAB. Sí.

HAR. Pues óyeme, mujer. Si otra que no fueras tú me lo dijera...

ISAB. ¿Qué?

HAR. La engañaría. A Barbarroja, ¿qué le importan los juramentos? Pero á ti no te engaño. Por una vez, y para ti sola, quiero ser leal y noble como el más noble y leal de tus caballeros. Si me dejas marchar... volveré de noche, asolaré de nuevo la campiña, arrasaré los cimientos de tu palacio y te entregaré desnuda á los mercaderes de Argel á cambio de un puñado de oro.

ISAB. ¿Eso harás?

HAR. Así es Barbarroja; ya lo sabes.

ISAB. Pues bien, ¡huye! Libre tienes el paso.

HAR. ¿Qué dices?

ISAB. Que al salir por este lado del jardín (Escaleras de la izquierda) verás una senda que conduce á la playa. Por ella no te verá nadie. (Pausa.) ¿Lo ves? Ni lo intentas siquiera. ¿Y sabes por qué, corsario?

HAR. ¿Por qué?

ISAB. Porque también llevas escrito en la frente que has mentido.

HAR. ¡No!

ISAB. ¡Sí! Has mentido. ¡Infeliz mujer sería yo si no supiera leer el pensamiento de los hombres!

HAR. Y ¿qué has creído, cristiana?

ISAB. Que no das un paso hacia la libertad porque crees que esta huída cobarde te empequeñece á mis ojos; que si mueres en la hoguera, no hacia á tu dios, sino hacia á mí, volará tu alma salvaje mientras el cuerpo se retuerce en las llamas; y que si te salvas volverás, pero no á llevarme cautiva, sino á ofrecerme tus tesoros y tu grandeza como esclavo... ¡Eso he creído, moro!

HAR. ¡Nunca! Te engañas. Barbarroja no supo jamás lo que es amor.

ISAB. Tampoco Isabela lo supo.

HAR. Pero, por si tuvieras razón... ¡mira! (Avanzando hacia la puerta de la cueva.)

ISAB (Interponiéndose.) ¿Qué vas á hacer?

HAR. Que los verdugos me encuentren donde me dejaron

ISAB. ¡No será! Quiero salvar tu vida, ¿entiendes?

HAR. ¿Aunque con ella peligre la de millares de hombres?

ISAB. ¡Aunque tiñas de sangre el mar y conviertas en ruinas todos los pueblos de la tierra!

HAR. ¡Cristiana!

ISAB. ¡Moro! (Pausa. Oyese dentro rumor de gente que se acerca.) Ya es tarde. Vienen. (Suben por ambas escaleras Leonardo, Florio, Benedicto, caballeros, campesinos y pescadores. Por la izquierda salen poco después las damas.)

ESCENA XII

DICHOS.—BENEDICTO —FLORIO.—LEONARDO.—DAMAS, CABALLEROS, CAMPESINOS y PESCADORES.

(Los coros quedan sobre la segunda terraza, cubriendo las salidas. Los caballeros descienden por la escalinata. Isabel y Haradín han venido á colocarse en primer término izquierda, junto á la puerta del palacio.)

Música.

CORO. ¡A la hoguera, á la hoguera
los incendiarios!
¡Mueran los infieles!
¡Mueran los corsarios!
ISAB. ¿Todo está dispuesto?
LEON. Preparado está.
ISAB. Pues abrid la cárcel
y llevadlos ya.
LEON. Y ese, ¿por qué está libre?
ISAB. Porque pidió perdon,
y porque es desde ahora mi esclavo
renegando de su religión.
HAR. ¡Miente para salvarme!
LEON. ¡Matadle!
CORO. ¡Muera!
ISAB. (Colocándose delante de Haradín.) ¡Atrás!
HAR. Puedo sufrir la muerte;
¡la esclavitud jamás!
(Adelantándose al centro con arrogancia.)
Soy el bandido, soy el pirata
que incendia y mata
como enviado
de Satanás.
Soy el que roba y os acuchilla,
el que acaudilla
la brava hueste
que os odia más.
Soy vuestro azote.
¡Soy Barbarroja!
CORO. (Lanzándose sobre él.) ¡Es Barbarroja!
ISAB. (Conteniéndoles.) ¡Digo, que atrás!

(Aparte á Haradín.)
Cruza el palacio, salva el jardín,
que allí te espera tu bergantín.

HAR. (Después de vacilar.)
¡Isabela! ¡Te adoro! (Escapa, entrando en palacio.)

LEON. Isabela, ¿qué hacéis?

ISAB. Si intentáis perseguirle,
sobre mí pasaréis.

(Abre los brazos en cruz para cubrir la entrada.)

LEON. ¡Ved que va con sus naves
á sembrar el terror!

ISAB. ¿Qué me importa del mundo,
si se salva mi amor?

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

«Las modistillas», sainete en un acto y en verso.

«El grillo, periódico semanal», ídem íd. íd.

«La gente menuda», ídem íd íd.

«El baile de máscaras», ídem íd. íd.

«Somatén», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

«La señá condesa», juguete cómico en un acto y en verso.

«La puerta del infierno», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

«La moral casera», comedia en dos actos y en verso.

«La lavandera», sainete en un acto y en verso.

«Lucifer», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

«La obra» juguete cómico en un acto y en verso.

«El gran mundo», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

«Paca la pantalonera», sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

«La revista nueva ó la tienda de comestibles», sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

«La clase baja», revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

«Sociedad secreta», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

«La baraja francesa», sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

«La república de Chamba», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

«Los pájaros fritos», sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

«La casa encantada», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

«El toque de rancho», zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

«El ordinario de Villamojada», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

«El murciélago alevoso», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

«El ama de llaves», juguete cómico en un acto y en verso.

«La procesión cívica», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

«El aquelarre», zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

«La reina de la fiesta», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa

«Los inocentes», revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

«La madre abadesa», boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

«La zarzuela nueva», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

«La vacante de Cañete», sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D Emilio Sánchez Pastor.

«Los altos hornos», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

«El beso de la duquesa», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

«Los mineros», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

«La espuma», comedia en un acto y en prosa.

«El galope de los siglos», humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

«Ligerita de cascos», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

«Lucha de clases», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D Joaquín Abati, música del maestro Montero.

«Mangas verdes», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

«El siglo XIX», revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos

«Jaque á la Reina», zarzuela en un acto y prosa, música del maestro Montero.

«Don César de Bazán», zarzuela en un acto y en verso música del maestro Montero.

«Tierra por medio», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

«Quo vadis...?», zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.
«Las caramellas», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.
«¡Plus ultra!» (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
«La leyenda dorada», revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.
«Su Alteza Imperial», zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.
«El rey mago», cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
«La obra de la temporada», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.
«El placer de los dioses», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.
«El paraíso de los niños», zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.
«La tribu malaya», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.
«La infanta de los bucles de oro», cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.
«Los bárbaros del Norte», zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.
«Mari-Gloria», boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.
«El carro de la muerte», zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.
«La balsa de aceite», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.
«El talismán prodigioso», zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.
«La ilustre fregona», zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.
«Las calderas de Pedro Botero», zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.
«La moral en peligro», zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.
«El diablo con faldas», comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.
«Cabecita de pájaro», cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

«El bebé de París», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

«Faldas por medio», sainete trágico en un acto y en prosa.

«La perla del harem», cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

«Mano de santo», zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

«Sansón y Dalila», comedia en dos actos y en prosa.

«Gloria in excelsis», revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

«El palacio de los duendes», zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

«Las dos reinas», zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

«Barbarroja», zarzuela en un acto y en prosa, música de José Serrano.



Precio: UNA peseta.

SINESIO DELGADO

EL BEBÉ DE PARÍS

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

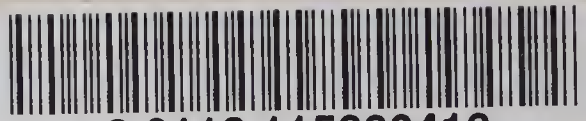
MÚSICA DE

VICENTE LLEÓ

Representada por primera vez en el **Teatro de Eslava** el día 7 de Febrero de 1910.



MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1910


3 0112 115880418